

TEMAS

Publicación quincenal de espiritualidad y difusión de la doctrina pontificia

AÑO 1 - N.º 23

JULIO 15 DE 1973

LA PALABRA DEL PAPA

**EL AÑO SANTO DE LA RENOVACION
Y DE LA RECONCILIACION.**

**EL CULTO A LA VIRGEN Y EL
AÑO SANTO.**

EVANGELIO

DIOS EN NUESTRA VIDA.

APRENDICES PARA MISION.

LITURGIA

**NORMAS DERIVADAS DE LA INDOLE
DE LA LITURGIA COMO ACCION
JERARQUICA Y COMUNITARIA.**

VOY A MISA.

DOCUMENTOS

**REACCIONAR ESPIRITUALMENTE
CONTRA LA VIOLENCIA QUE
INVADE EL MUNDO. (S.S. PAULO VI).**

**ESPIRITUALIDAD DE LOS
HIJOS DE MARIA.**

Calendario litúrgico y lecciones de la Misa

JULIO

- 15 DOM. XV. Amós (7,12-15) Salmo 84, S. Pablo a Efesios (1, 3-14)
San Marcos 6, 7-13.
- 16 L. Virgen del Carmen. Exodo 1, 8-14. 22; Salmo 123, 1-8; Mateo 10,34 - 11-1
- 17 M. Exodo 2, 1-15a; Salmo 68, 30-34; Mateo 11, 20-24
- 18 Mi. Exodo 3, 1-6. 9-12; Salmo 102, 1-7; Mateo 11, 25-27
- 19 J. Exodo 3, 13-20; Salmo 104, 24-27; Mateo 11, 28-30
- 20 V. Exodo 11, 10 - 12,24; Salmo 115, 15-18; Mateo 12, 1-8
- 21 S. S. Lorenzo de Br. o S. María. Exodo 12, 37-42; Salmo 135, 10-15;
Mateo 12, 14-21
- 22 DOM. XVI. Jeremías (23, 1-6) Salmo 22 S. Pablo 2, 13-18) S. Marcos 6, 30-34)
- 23 L. S. Brígida rel. Exodo 14, 5-18; Cántico: Ex. 15, 1-6; Mateo 12, 38-42
- 24 M. Exodo 14, 21-15, 1; Cántico: Ex. 15, 8-17; Mateo 12, 46-50
- 25 Mi. Santiago apóstol. 2 Corintios 4, 7-15; Salmo 125, 1-6; Mateo 20, 20-28
- 26 J. SS. Joaquín y Ana, padres de María. Exodo 19, 1-2. 9-11. 16-20b;
Cántico: Dan. 3, 52-56; Mateo 13, 10-17
- 27 V. Exodo 20, 1-17; Salmo 18, 8-11; Mateo 13, 18-23
- 28 S. S. María. Exodo 24, 3-8; Salmo 49, 14-15; Mateo 13, 24-30
- 29 DOM. XVII. Reyes (74, 42-44) Salmo 144 S. Pablo (4, 1-6) S. Juan (6, 1-15)
- 30 L. S. Pedro Cris. ob. doc. Exodo 32, 15-24. 30-34; Salmo 105, 19-23;
Mateo 13, 31-35
- 31 M. S. Ignacio de Loyola presb. Exodo 33, 7-11; 34, 5b-9. 28; Salmo 102, 6-13
Mateo 13, 36-43

TEMAS

Publicación bi-mensual de
espiritualidad y difusión de
la doctrina pontificia.

MONTEVIDEO, 15 DE JULIO DE 1973

AÑO 1 - Nº 23

Directores: Carlos A. Casares Sienna y Eduardo Navia Sienna

Publicación editada por IMPR^{ES}SORA REX S. A. Calle Gaboto 1525,
Teléfonos: 4 88 62 - 49 00 48

Matrícula Nº 1957 (Ministerio de Industria y Comercio - Dirección de Industrias)
Depósito legal Nº 30439/73

"Precio de venta al público sujeto a modificación de acuerdo a la Ley Nº 13.720
de 16 de diciembre de 1968" (COPRIN), \$ 150.— el ejemplar.

El Año Santo de la renovación y de la reconciliación

CATEQUESIS DEL
PAPA EN LA AUDIENCIA
GENERAL DEL MIÉRCOLES,
23 DE MAYO

Os pedimos una vez más, hermanos, que consideréis el anuncio que hemos dado a la Iglesia y al mundo, de la próxima celebración del Año Santo, como una voz inspirada por el Espíritu Santo, según la promesa de Jesucristo a los Apóstoles en su profecía después de la última cena: "Cuando viniere Aquel, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa... El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer" (Jn 16, 13-14); os pedimos que consideréis esta celebración como la apertura de un período nuevo de la vida religiosa y espiritual en el mundo, no

como un acontecimiento cualquiera aislado, entre los muchos de nuestra historia, sino como un principio, un hecho fecundo, una consecuencia del Concilio, destinada a conformar una renovación interior y moral en la conciencia de los hombres, y os pedimos también que consideréis este acontecimiento como una grande ocasión favorable, "un tiempo propicio, un día de salud" (cf. 2 Cor 6, 2), que es para nosotros una bendita suerte, si lo sabemos acoger como se debe, una gran responsabilidad, si por necia distracción o por maliciosa oposición la dejamos pasar.

Todos nosotros debemos ponernos a barlovento del soplo misterioso, si bien ahora, en cierto modo, identificable, del Espíritu Santo. No carece de significado el hecho de que precisamente en el día feliz de Pentecostés el Año Santo despliegue sus velas en cada una de las Iglesias locales, a fin de que una nueva navegación, un nuevo movimiento queremos decir, verdaderamente "pneumático", esto es, carismático, impulse en una única dirección y en concorde emulación a la humanidad creyente hacia las nuevas metas de la historia cristiana, hacia su puerto escatológico.

Somos conscientes de que la estación psicológica y sociológica del mundo moderno no es la mejor para la audaz aventura.

UNA AUDAZ AVENTURA DE LA IGLESIA EN UN MUNDO AGITADO Y HOSTIL

Tempestades, escollos y obstáculos formidables se oponen a nuestro sereno y seguro navegar. Oímos silbar en nuestros oídos las ráfagas de invadentes y violentos vientos contrarios.

No nos detenemos ahora en su descripción, entre otros motivos porque es ya común la experiencia de la irreligiosidad que se ha adueñado, en no pocas naciones, en no pocas escuelas de pensamiento, en no pocos fenómenos sociales, del hombre moderno. Dios no está de moda. Nuestra visión de la realidad queda deslumbrada por el esplendor y por el interés de la ciencia; cuya aplicación pragmática da, sí, resultados estupefacientes, pero inunda la vida de riquezas incalculables y disputadísimas, hasta el punto de impulsar y dividir a los hombres en una lucha continua y en una equívoca manía de liberación; no existe ya la tranquilidad de espíritu para poner nuestra experiencia en confrontación con principios estables y superiores, *sub specie aeternitatis*; sino que todo se reduce a las dimensiones del tiempo, es decir, de la relatividad contingente y móvil de la historia, que como el mítico Saturno, engendra y devora a sus hijos.

En esta situación la concepción cósmica de la terra y del hombre como un "reino de Dios" *in fieri* (*adveniat regnum tuum*) encuentra cientos de dificultades terribles que el hombre religioso experimenta, no como estímulos para su ascensión, porque son tales, sino como obstáculos que se suponen insuperables.

Para enfrentarse con este mundo agitado y hostil, el hombre de Iglesia, el "fiel", necesitaría al menos ideas claras y seguras, es decir, una racionalidad natural auténtica y operante, un pensamiento filosófico, un sentido común capaz de verdades basilares, y de una funcionalidad verdaderamente lógica y normal, de la que él, hoy, no se siente ya dueño, narcotizado como está por dudas de todo género que sólo los estudios científicos por un lado, y los razonamientos instintivos del buen sentir, empírico y utilitario, por otro, consiguen calmar.

UN MOVIMIENTO DE IGLESIA BAJO EL IMPULSO DEL ESPIRITU SANTO

Hemos de desear vivamente que la fuerza de la razón sea establecida en su integridad; es ésta una de las grandes y tempestivas necesidades de la cultura auténticamente humanista. Pero bástenos, por ahora, expresar el deseo.

Diremos, sin embargo, con relación al objetivo que ahora nos urge, que existe otra fuente de conocimiento, además de la puramente racional, demasiado débil y vulnerable para resolver todos los problemas de la existencia humana; otra fuente no de mortificación, sino de fortificación del pensamiento racional, fuente extrínseca por su origen, intrínseca por su operación: y es el Espíritu Santo, es "la fe que actúa por la caridad" (Gál 5, 6; cf. Flp 2, 13; 1 Cor 12, 11). Tenemos necesidad de esta infusión de capacidad para conocer la verdad, en su expresión sobrenatural y vital, propia de la economía cristiana (cf. Jn 1, 4-5), de esta iluminación interior, patrimonio de humildes y de sencillos (cf. Mt 11, 25-26),

de este don septiforme del Espíritu Santo, para afrontar la gran experiencia del Año Santo, si queremos que éste sea de verdad tiempo de renovación y de reconciliación. Recordémoslo.

Es de todos conocido cómo el Concilio llenó las páginas de sus sublimes y actualísimas enseñanzas de continuas menciones al Espíritu Santo. Hay quien ha contado 258. Hagamos nuestra la múltiple exhortación del Concilio, y pongamos como prólogo del Año Santo la repetida y siempre nueva invocación: ¡Ven, Espíritu Santo; ven, Espíritu Creador; ven, Espíritu Consolador! ¡No lo habremos invocado en vano! (cf. Lc 11, 13). Con nuestra bendición apostólica.

Tuvo acierto quien dijo que el alma y el cuerpo son dos amigos que no pueden separarse, y dos amigos que no se pueden ver.

Si el grano de trigo no muere queda infecundo. ¿No quieres ser grano de trigo, morir por la mortificación, y dar espigas bien granadas? ¡Qué Jesús bendiga tu trigo!

EL CULTO A LA VIRGEN Y EL AÑO SANTO

CATEQUESIS DEL
PAPA EN LA AUDIENCIA
GENERAL DEL MIÉRCOLES,
30 DE MAYO

Ya tenéis noticia del Año Santo. Su desarrollo comienza en las Iglesias locales a partir del próximo Pentecostés. Intenta ser un período de renovación espiritual y moral y quiere encontrar su expresión característica en la reconciliación; es decir, en el restablecimiento del orden, cuyo principio es Cristo, de cada una de las almas en la profundidad de las conciencias; orden de cada hombre con Dios, orden de toda relación humana en la armonía de los sentimientos comunitarios, en la justicia, en la concordia, en la caridad y en la paz.

El Año Santo deberá ser algo así como un momento profético, un despertar mesiánico, una maduración cristiana de la civilización, que tuvo alguna vez en la poesía del mundo, incluso en la profana, una propia intuición ideal. ¿Cómo dice, por ejemplo, el antiguo y bien conocido vaticinio de Virgilio? —vosotros, jóvenes, que tenéis frescas las enseñanzas escolares, lo recordáis—: *magnus ab integro saeculorum nascitur ordo* (Buc. IV); el suyo fue un relámpago lírico; el nuestro querría ser uno de esos esfuerzos conscientes y colectivos que marcan en la Iglesia y en el mundo un jalón ascendente, un signo de progreso cristiano, una adquisición de humanismo penetrado por el Espíritu vivificante del reino de Dios.

¿Será un sueño el nuestro? Un ideal, ciertamente, pero no debe ser vano, irreal. Difícil, es cierto; y para nosotros, hombres de poca fe, una pretensión superior a nuestras fuerzas. Renovar las energías espirituales y morales de la Iglesia y, como consecuencia, o simultáneamente, las de nuestra sociedad, es una aspiración audaz que, como ninguna otra, nos hace sentir de cerca la necesidad de una ayuda superior, extrínseca,

pero cercana y accesible a nosotros; una ayuda compasiva y afectuosa, encuadrada ya en un designio general de bondad y de misericordia; un designio que debe existir, si es verdad, como lo es, que la humanidad está llamada, libremente, pero ciertamente, a un destino de salvación. ¿Qué ayuda? ¿Cuál puede ser el auxilio que nos capacita para intentar osadamente y para esperar que se alcancen las finalidades del Año Santo? ¿Quién puede conseguirnos el resultado prodigioso que, siguiendo las exigencias lógicas del Concilio, nos hemos propuesto?

La Virgen, hijos queridísimos, María Santísima, la Madre de Cristo Salvador, la Madre de la Iglesia, nuestra humilde y gloriosa Reina. Se abre ahora ante nosotros un gran panorama teológico, propio de la doctrina católica, en el que vemos cómo el designio divino de la salvación, ofrecida al mundo por el único Mediador, eficaz por virtud propia, entre Dios y los hombres, que es Cristo Jesús (cf. 1 Tim 2, 5; Heb 12, 24), se realiza con la cooperación humana, maravillosamente asociada a la obra divina (cf. H. De Lubac, *Méd. sur l'Egl.*, p. 241, ss.). Y ¿qué cooperación humana ha sido elegida, en la historia de nuestros destinos cristianos, como primera por su

función, por su dignidad, por su eficiencia, no puramente instrumental y física, sino en cuanto factor predestinado, pero libre y perfectamente dócil, sino la de María? (cf. *Lumen gentium*, 56).

LA AYUDA DE MARIA

Puestos a hablar así sobre la Virgen no acabaríamos nunca. Pero ahora, para nosotros, después de habernos anclado en la doctrina que la coloca en el centro del plan redentor como la primera y, en cierto sentido, indispensable junto a Cristo nuestro Salvador, bastará recordar y afirmar de qué modo el éxito renovador del Año Santo dependerá de la ayuda inmensa de la Virgen. Tenemos necesidad de su asistencia, de su intercesión. Debemos programar un particular culto a la Virgen María, si queremos que el acontecimiento histórico-espiritual al que nos preparamos, alcance sus verdaderos objetivos...

CONOCER MEJOR A LA VIRGEN Y TENER CONFIANZA EN SU INTERCESION

Nos limitamos ahora a condensar en una doble recomendación el fruto de este culto mariano, en el cual depositamos tantas esperanzas nuestras.

La primera recomendación es capital: debemos conocer mejor a la Virgen como el modelo auténtico e ideal de la humanidad redimida. Estudiemos esta criatura purísima, esta Eva sin pecado alguno, esta hija de Dios, en la que el pensamiento creador, primigenio, intacto, de Dios, se refleja en su inocente y estupenda perfección. María es la belleza humana, no sólo estética, sino esencial, ontológica, en la síntesis con el Amor divino, con la bondad y con la humildad, con la espiritualidad y con la clarividencia del *Magnificat*; es la Virgen, es la Madre en la expresión más pura y más auténtica; es la Mujer vestida de sol (cf. Ap 12, 1), ante cuya visión deben quedar deslumbrados nuestros ojos, tan frecuentemente ofendidos y cegados por las imágenes profanadas y profanadoras del ambiente pagano y licencioso del que estamos circundados y por el que nos sentimos casi agredidos. La Virgen es el "tipo" sublime no sólo de la criatura redimida por los méritos de Cristo, sino el "tipo" también de la humanidad peregrina en la fe; es, como la llama San Ambrosio, la figura de

la Iglesia (*In Lc*, II; PL 15, 1555), y San Agustín la presenta a los catecúmenos: *figuram in se sanctae Ecclesiae demonstrat* (*De Symb.* 1; PL 40, 661). Si tenemos los ojos fijos en María, la bendita, podremos reconstruir en nosotros la línea y la estructura de la Iglesia renovada.

Y la segunda recomendación no es menos importante: debemos tener confianza en el recurso a la intercesión de la Virgen. Debemos rezarle, invocarla. Ella es admirable por sí misma, es digna de amor para nosotros. Ella, como en el Evangelio (cf. Jn 2, 3, ss.), interviene ante el Hijo divino y obtiene de El milagros, que la marcha ordinaria de las cosas, de por sí, no admitiría. Es buena, es poderosa. Conoce las necesidades y los dolores humanos. Debemos revitalizar nuestra devoción a la Virgen (cf. *Lumen gentium*, 67), si queremos conseguir el Espíritu Santo y ser sinceros discípulos de Cristo Jesús. Nos conduzca su fe (Lc 1, 45) a la realidad del Evangelio, y nos asista para celebrar bien el Año Santo que se acerca.

Con nuestra bendición apostólica.

Que triste es ver, en nosotros y a nuestro alrededor, que bien se hace el mal y que mal se hace el bien.

EVANGELIO (Domingo 15 de Julio)

En aquel tiempo, Jesús llamó a los Doce y los envió de dos en dos, dándoles el poder de expulsar a los espíritus impuros. Y les ordenó que no llevaran para el camino más que un bastón; ni pan, ni alforja, ni dinero; que fueran calzados con sandalias y que no tuvieran dos túnicas.

Les dijo: "Permanezcan en la casa donde les den alojamiento hasta el momento de partir. Si no los reciben en un lugar y la gente no los escucha, al salir de allí, sacudan hasta el polvo de sus pies, en testimonio contra ellos".

Entonces fueron a predicar, exhortando a la conversión; expulsaron a muchos demonios y curaron a numerosos enfermos, ungiéndolos con óleo.

San Marcos (6, 7-13)

DIOS EN NUESTRA VIDA

Para beneficio tanto del cuerpo como del alma necesita el apóstol refugiarse en la calma de la soledad. Es lo que Cristo quiere inculcarnos hoy cuando invita a sus misioneros, de regreso de la primera expedición evangélica, a que lo sigan a un paraje solitario para reponerse de sus fatigas. Sabido es el atractivo irresistible que el desierto ejerce sobre los espíritus religiosos. Todos han pasado por ahí, y es el primer escalón de su vida activa. Nada tiene de extraño, pues que Cristo aconseje con frecuencia la soledad, que El mismo la practicará como condición indispensable para la oración, como incomparable reposo para el espíritu. La soledad al aproximarnos a Dios, purifica el corazón y el pensamiento, nos temple para las resoluciones vigorosas, enardece el ánimo, prepara a los esforzados. Moisés subió a la solitaria cima de la montaña en busca de Dios; Elías pidió al desierto un refugio contra el asalto de los hombres; Juan Bautista vivió en el desierto para fortalecerse en el contacto con el Espíritu; Pablo se aisló en las llanuras desiertas de una región inhóspita para meditar allí en la voz de Aquel, que le había derribado en el camino de Damasco; los discípulos de Cristo, huyendo de la corrupción mundana, ávidos de contemplación y de la vida eterna, se refugiaron en las quebradas rocosas de la Tebaida. "¡Ojalá! pudiérais hoy percibir su voz", nos advierte el salmista hebreo, advertencia que la Iglesia repite a diario por boca de sus sacerdotes, cuando empiezan la oración litúrgica. En realidad la recomendación es válida para todas las horas de la jornada igual que para aquellos momentos que consagramos a la oración. En cuanto a Dios se refiere, El no limita sus audiencias a los ratos en que nos arrodillamos ante su mirada. Dios es el Eterno Presente; sus ojos de Padre los tiene puestos en nosotros día y noche. Y será mayor nuestra facilidad para oír su voz en la oración si nos hemos preocupado por escuchar a

Dios en medio de todas las vicisitudes del día. Descubrir su voz en nuestra vida es, pues, de urgente necesidad. "Prestaré atención a lo que el Señor pudiera decir dentro de mi alma". La definición que habitualmente damos a la oración puede prestarse a confusiones: "La elevación del alma hacia Dios para tributarle nuestros homenajes, para expresarle nuestras necesidades, para solicitar sus gracias... nos hace creer que es el hombre el único que actúa. Es cierto que el alma se eleva, pero se eleva hacia Dios, pero mal podría adorarle y rogarle si no le encontrare. Ahora bien: si el alma que ora entra en comunicación con Dios, sería absurdo que ante esa actitud de la criatura Dios se mantuviera insensible y pasivo". Oiré lo que el Señor, mi Dios, hablará dentro de mí... Los devotos creyentes del Antiguo Testamento conocían lo que al parecer ignoramos muchos de nosotros hijos de la gracia, para quienes orar consiste exclusivamente en hablar a Dios, cuando no, hablar delante de Dios. Repetimos una alabanza, o leemos una solicitud. Y, hecho esto nos levantamos, pues consideramos que terminó nuestra oración. Por desgracia hemos obrado con precipitación: nos hemos levantado antes del fin, y nos hemos ido sin escuchar la respuesta. Eso es exactamente lo que hacen los paganos que tratan con divinidades impasibles y mudas. Nada tiene de extraño, por consiguiente, que, cuando pretendemos orar, nos encontremos incómodos y paralizados, sin saber qué decir, por el hecho de ser nosotros los únicos que hablamos. Orar es hablar a Dios pero también escucharle. O ¿será que nuestro padre no tiene nada que decirnos?. Nosotros le damos seguridades de amor; y El ¿no nos diría nada del afecto tierno que nos profesa? Le manifestamos nuestro arrepentimiento, y nos alejamos antes de haber obtenido su perdón. Le expresamos nuestra angustia: pues démosle tiempo para que nos otorgue su auxilio. Hay quien diga que la respuesta llegará, pero más tarde; cuando ocurra la tentación se hará efectivo el favor solicitado, y la mano de Dios sostendrá al orante en los peligros de la tentación. Pero ya nos sale Cristo al paso para decirnos su verdad: "Cuando quieras orar, entra en tu apartamento, tranca la entrada, y reza a tu Padre en el secreto de la celda, y tu Padre que ve toda tu intimidad dará la respuesta pertinente... No se trata, pues, de una concesión a largo o corto plazo. A nuestro requerimiento llegará la respuesta inmediata, allí mismo, en el aposento elegido para la oración. Hemos buscado, hemos pedido, hemos golpeado a la puerta, de inmediato se presenta Dios; allí está el Dios que da, el Dios que revela, el Dios que hace saltar la cerradura y que abre la puerta. Quiere intervenir de inmediato en nuestra alma, dando satisfacción a todos nuestros deseos. Quiere sosegar nuestras inquietudes, aclarar nuestras incertidumbres, levantar nuestro ánimo decaído. Para ello lo único que nos pide es que dejemos de hablar, sumergiéndonos en el cuidadoso silencio que favorezca el nacimiento de la reflexión en nuestra mente, y de la decidida resolución en nuestra frágil voluntad. Hemos dicho que orar es también escuchar. Quizá sería más exacto afirmar que orar es antes y por sobre todo escuchar a Dios. A ello invitaba Cristo a sus discípulos cuando los aleccionaba sobre la oración: que escucharan en primer término los deseos del Padre. Antes de enumerar sus pedidos, antes de mencionar el pan diario sin el cual no podrían sobrevivir, deberán preocuparse de la gloria divina. Hablarán de su pecado y de su arrepentimiento, pero después de interesarse del reino de Dios en la tierra. Jamás se sentirán mejor pertrechados contra la tentación que cuando hayan comprendido que Dios quiere ver su voluntad respetada en la tierra como en el cielo. Antes de entretener a Dios con nuestros asuntos, debemos ocuparnos de Dios, escuchar su llamado antes de dirigirle

el nuestro. Tal es el orden que hemos de establecer en la oración cristiana. Comprenderemos el único razonable y legítimo si reflexionamos que el simple hecho de entregarnos a la oración es de por sí acceder al deseo de Dios. Lo dicho basta para que descubramos de inmediato el verdadero sentido, y al mismo tiempo la verdad de las declaraciones del Salvador: "quien pide recibe". El despacho favorable de nuestras oraciones implica la coincidencia de nuestros deseos con los de Dios. No se trata, pues, de golpear sin discernimiento a cualquier puerta; se abrirá tan sólo aquella a la que Dios nos lleva. Si nos introducimos en la esencia de la oración cristiana, no nos extrañará lo que vamos diciendo: que antes que nada debemos escuchar a Dios. El Espíritu Santo que Dios otorga a los que oran, reside en nuestra alma y quiere orar en nosotros. Con toda seguridad que San Pablo no ignoraba la queja que frecuentemente formulamos: "cuando rezo no sé qué decir". "No sabemos lo que según nuestras necesidades hemos de pedir, —escribía a los romanos— pero el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad". El espíritu, el mismo, ora en nosotros con gemidos inenarrables. Y el que escudriña los corazones conoce cuáles son los deseos del Espíritu, y que intercede por sus santos según las intenciones de Dios. Tal es la realidad sublime de la oración cristiana; es una maravillosa música ejecutada por las voces que bien ensambladas, por dos espíritus que entonan al unísono el mismo homenaje y la misma aspiración. Arrodillados en nuestra alcoba, a puertas cerradas, no estamos solos: el Padre se ha deslizado en nuestro recinto íntimo para recoger la oración que el Espíritu Santo dirige. Entre él y nosotros se produce la oración de toda la Iglesia, la de los elegidos que cantan en la gloria, la de las almas que ofrecen sus sufrimientos, la de todos los justos. Esa fue la maravilla que Cristo descubrió a sus apóstoles cuando los arrastró a un lugar solitario para descansar, es decir para entrar en comunión con Dios y para lanzarse luego con apasionado fervor a nuevas empresas misioneras.

Paradoja: Es más asequible ser santo que sabio, pero es más fácil ser sabio que santo.

Aspiración: Que yo sea bueno, y todos los demás mejores que yo.

Rectificar. Cada día un poco. Esta es tu labor constante si de veras quieres hacerte santo.

EVANGELIO (Domingo 22 de Julio)

En aquel tiempo los Apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Entonces él les dijo: "Vengan ustedes solos a un lugar desierto, para descansar un poco". Porque era tanta la gente que iba y venía, que no tenía tiempo ni para comer.

Entonces se dirigieron en la barca a un lugar desierto, para estar a solas. Los que los vieron partir comprendieron su intención, y de todas las ciudades acudieron por tierra a aquel lugar y llegaron antes que ellos. Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y durante mucho tiempo estuvo enseñándoles.

S. Marcos (6, 30-34)

APRENDICES PARA MISION

El Maestro sigue atentamente y de cerca el proceso de formación de sus discípulos, que son objeto constante de su solicitud; en realidad ya eran su Iglesia y su reino. Por otra parte, no parece haber originado ni tensiones ni tropiezos, frecuentes en estos trances, la selección de los Doce, denominados Apóstoles. Todos ellos tienen una vocación, es decir, que han nacido para una tarea precisa, determinada por Dios. Aclaremos, sin embargo y de paso, que mientras las criaturas colocadas en escalas inferiores se desempeñan en sus respectivas funciones inducidas por la necesidad, los hombres, dotados de libre albedrío, que tienen que llenar también ellos su función en la obra divina de la creación y de la redención, se desempeñan libre y voluntariamente. Claro que en vista de la misión especial que confiere a todo hombre, Dios le otorga cualidades adecuadas en estado germinal, que las tendrá que cultivar y hacerlas florecer al calor de la gracia. Lo que en otros términos quiere decir que Dios no suprime nuestra actividad, sino que la estimula. El nos llama, de nosotros depende la respuesta. Por el hecho de nuestro bautismo, a todos se nos llama santos, nombre con el que designaba San Pablo a sus hermanos, sin querer significar con ello que fuéramos santos, pero si que éramos llamados a la santidad, capaces, por consiguiente, de alcanzarla. Llamándonos Dios a un estado, El mismo nos proporciona las aptitudes imprescindibles para el desempeño del mismo, correspondiéndonos a nosotros su desarrollo con energía y paciencia, convencidos de que jamás hará Dios en lugar nuestro aquello que podemos hacer nosotros solos. Ciertamente podría Dios transformarnos sin cooperación alguna de nuestra parte: no en vano es Creador. Nos hallaríamos entonces frente a una creación y nada más. La vocación es una invitación a agregar a la acción creadora una respuesta libre de parte de la criatura racional. El

requerimiento viene del Señor: ¿Quieres entrar en la vida, en el programa concebido por el autor de la vida, desempeñándote como actor y colaborador en la maravillosa aventura de la vida? ¿Quieres descubrir el misterio de tu vida, y llevar tu vida hasta su plenitud, y recibir en cambio la plenitud de la vida? ¿Quieres seguirme y ser perfecto? Es cierto que los giros son apremiantes; sin embargo Dios no se impone: se propone. Para la creación del universo irresponsable bastó a Dios con decir: hágase. Pero al hacer al hombre un ser moral, Dios se impone a sí mismo la obligación de respetar la dignidad de un ser libre. “¿Quieres ser la luz del mundo, iluminar a tus hermanos, y glorificar a tu Creador y Señor?” Si el Señor no nos transforma sin nuestro consentimiento, tampoco nos transformaremos sin El. La vocación implica, pues, mutua colaboración de Dios y del hombre. Trasladado y referido lo que aquí decimos al caso de los Doce Apóstoles, no parece exagerado calificar de acontecimiento cumbre en los anales de la historia del mundo la respuesta afirmativa dada al llamado de Cristo por estos hombres, definitivamente entregados a la misión de brindar a la humanidad caída un Dios de redención y liberación: incomparablemente más que el Dios de Abraham, único, viviente y personal, y que el Dios de Moisés de intervención providencial y permanente en los asuntos humanos. Todo lo anterior era transitorio, y simple preparación de las transformaciones religiosas que los pescadores galileos introducirían en el mundo idólatra y corrompido. Rastreado sus redes doquiera, de norte a sur, de oriente a occidente, capturarán los pueblos todos sea cual fuere su raza, su lengua y su civilización. Dadas la naturaleza y magnitud de la empresa, inaugurada por Cristo, y que será sostenida por los doce hombres elegidos, dignos ya de una confianza más elevada, era lógico que el Maestro señalara el momento de la entrada en acción de sus colaboradores. Y es hoy que les exige vayan a anunciar el Evangelio, y que bajo su conducción inicien el aprendizaje del Apostolado. Desde este momento la acción apostólica adquiere todo su poder, y los noveles misioneros reciben el instrumental adecuado para llevar a cabo su acción pastoral. “Os concedo fuerza y poder...” Y en un alarde de poder divino les trasmite a sus discípulos su genio y su virtud. Les entrega el espíritu de Dios que reside en El, y que le pertenece. “Id, pues, curad..., curad..., resucitad..., purificad..., lanzad...” Los apóstoles no dispondrán de otra fuerza que no sea el mismo poder de Dios, el cual se les otorgará únicamente para bien de los hombres. Los milagros que busquen el beneficio de los menesterosos serán el signo testificante de su misión, y manifestaciones de su poder. La fe mantendrá al discípulo solidarizado con su Maestro, quien con su Espíritu obrará en ellos y por ellos. El poder de curar los males físicos y de disponer de la muerte podrá ser suspendido o denegado; pero nunca cesará la influencia sobre las almas, ni la autoridad sobre el mal espíritu. Al tiempo que Jesús fortalecía a los Doce con los recursos de su poder, señalaba las virtudes que de ellos exigía: la bondad que se prodiga sin limitaciones ni condicionamientos: el desinterés por lo suyo en beneficio ajeno: la pobreza que se desapega y, llegado el caso se desprende de todo, la confianza sin reservas en Dios, la perseverancia y el coraje que no se detienen ante ningún obstáculo. Lo que “gratis” ha recibido, “gratis” lo habrá de dar. El Espíritu ni se compra ni se vende. Feliz será el que lo recibe, y más feliz el que lo comunica; este acrecentamiento de su alegría será el más preciado tesoro del Apóstol y su mejor recompensa. El ser estéril está destinado a desaparecer; pero el que ejecuta obras fecundas es digno de vivir.

El ordenamiento de la Providencia es tal que, el obrero que trabaje y merezca su alimento, lo encuentra siempre. Del alma de Cristo desborda esta confianza filial; y quiere que sus Apóstoles se nutran de ella, pues es la expresión más exacta del amor del Padre celestial, cuyos tesoros de bondad les había revelado. La cartilla de recomendaciones y advertencias se vuelve ahora sombría y angustiosa. De ninguna manera puede Cristo ocultarles la brutal realidad: envía a sus discípulos "como corderos entre lobos". Tienen que presentarse indefensos y mansos entre las fieras dispuestas al ataque. Ese es el destino profetizado por el Maestro, quién procede con la prudencia de educador eximio que es, y que sabe que la conciencia elevada del peligro redoblará su coraje. Les está vedada cualquier reacción violenta frente al ataque, venciendo con la dulzura de la mansedumbre, única fuerza destinada a dominar el mundo. Ovejas propicias para el sacrificio serán víctimas y jamás verdugos. Serán yunques, nunca martillos. El sacrificio, ley universal de la vida, será la ley del Apostolado. Fortalecidos con las instrucciones del Maestro partieron los Doce; el impulso inicial no se extinguirá; su vitalidad incoercible como el Espíritu con el cual se confunde se mantiene joven y sin deterioro en medio de un mundo caduco; afirmase de siglo en siglo con renovadas creaciones; y cuando todo se nos presenta agotado, surgen merced al divino poder de sucesión de Cristo, hombres nuevos, como encarnación del tipo ideal de su apóstol.

¿Para qué has de mirar, si "tu mundo" lo llevas dentro de tí?

¡Qué hermoso es perder la vida por la Vida!

**Ten presencia de Dios y tendrás vida sobrenatural.
El silencio es como el portero de la vida interior.**

Donde no hay mortificaciones no hay virtud.

LITURGIA (I)

De la Constitución sobre Sagrada
Liturgia del Concilio Vaticano II

NORMAS DERIVADAS DE LA INDOLE DE LA LITURGIA COMO ACCION JERARQUICA Y COMUNITARIA

26. Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es "sacramento de la unidad", es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos.

Por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiestan y lo implican; pero cada uno de los miembros de este cuerpo recibe un influjo diverso, según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual.

PRIMACIA DE LAS CELEBRACIONES COMUNITARIAS

27. Siempre que los ritos, cada cual según su naturaleza propia, admitan una celebración comunitaria, con asistencia y participación activa de los fieles, incúlquese que hay que preferirla, en cuanto sea posible, a una celebración individual y casi privada.

Esto vale sobre todo para la celebración de la misa, quedando siempre a salvo la naturaleza pública y social de toda misa, y para la administración de los sacramentos.

CARACTER SINFONICO DE LA CELEBRACION LITURGICA

28. En las celebraciones litúrgicas, cada cual, ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas.

29. Los acólitos, lectores, comentadores y cuantos pertenecen a la "schola cantorum" desempeñan un auténtico ministerio litúrgico. Ejercen, por tanto, su oficio con la sincera piedad y el orden que convienen a tan gran ministerio y les exige con razón el pueblo de Dios.

Con ese fin, es preciso que cada uno a su manera esté profundamente penetrado del espíritu de la liturgia y que sea instruido para cumplir su función debida y ordenadamente.

PARTICIPACION ACTIVA DE LOS FIELES

30. Para promover la participación activa se fomentarán las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antífonas, los cantos y también las acciones o gestos y posturas corporales. Guárdese, además, a su debido tiempo, un silencio sagrado.

31. En la revisión de los libros litúrgicos téngase muy en cuenta que en las rúbricas esté prevista también la participación de los fieles.

LA LITURGIA Y LAS CLASES SOCIALES

32. Fuera de la distinción que deriva de la función litúrgica y del orden sagrado, y exceptuados los honores debidos a las autoridades civiles a tenor de las leyes litúrgicas, no se hará acepción alguna de personas o de clases sociales ni en las ceremonias ni en el ornato externo.

MARIA EN EL DESIGNIO DE LA SALVACION

La Bienaventurada Virgen, predestinada desde toda la eternidad cual Madre de Dios junto con la encarnación del Verbo por designio de la Divina Providencia, fue en la tierra la esclarecida Madre del divino Redentor y en forma singular la generosa colaboradora entre todas las creaturas y la humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras El moría en la cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia .(Lumen Gentium N° 61).

VOY A MISA

EL DOMINGO

¿Pero por qué justamente el domingo? Dios es eterno: para El todos los días tienen valor. Sin duda: pero yo, yo no estoy fuera del tiempo. Mis hermanos cristianos tampoco. Para que nos podamos encontrar, es necesario que haya una cita, un día fijado.

¿Por qué el domingo? ¿La nueva alianza no fue concluida en la sangre de Jesús, el viernes santo sobre el calvario? Es verdad que El ofreció su sangre, bajo la apariencia de vino, con "el cáliz de la nueva alianza en su sangre"; pero fue el jueves santo, en la Cena. ¿Por qué renovar ese gesto el domingo?

Ciertamente, rehacemos en la Misa lo que Jesús hizo por primera vez el jueves santo. Pero no nos contentamos con repetir un rito, por más venerable que sea. Celebrándolo, creemos realmente realizar el misterio que ese rito contenía. Además este misterio no es solamente el misterio de la muerte de Jesús en la cruz. Es el misterio de su sacrificio y de nuestra salvación. Y el sacrificio no está consumado con la inmolación de la víctima. Nuestra salvación no se ha obtenido por el solo hecho de la muerte de Cristo. Esta muerte debe desembocar en la vida, una vida nueva, una vida divina. La inmolación debe terminar en la unión con Dios, en la santidad, en la gloria de la víctima humillada y sacrificada por el pecado. Es decir que el sacrificio de Cristo es, en conjunto, el misterio de su muerte y de su resurrección. La resurrección no es un epílogo feliz sobrevenido para borrar el triste recuerdo de la muerte sangrienta. Es su fin. La muerte no es más que un pasaje: la resurrección es un término y su meta. Vamos a Misa el domingo porque en ese día celebramos que Cristo, que murió en otros tiempos y que en el pasado resucitó, es aún hoy el Resucitado.

Además Jesús inauguró "el primer día de la semana", con su vida de resucitado, apareciéndose a sus discípulos en la noche de Pascua. Y se les apareció, por segunda vez, ocho días después. Este "primer día de la semana" se ha convertido en "su día", el "día del Señor" (**Dominica dies**, de donde deriva nuestra palabra Domingo). Es Jesús mismo quien, no por un precepto sino por un hecho, instituyó su día.

Reuniéndose cada domingo para celebrar el Misterio Pascual, los cristianos recuerdan y renuevan lo esencial de su fe y el principio de su salvación: "Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios lo resucitó de los muertos, serás salvo", (Rom 10, 9.). Pero participando en la Misa, hago más que confesar con la boca y creer en mi corazón que Jesús resucitó: lo proclamo activamente, existencialmente, celebrando el misterio en el cual El vive, el acto mismo de su sacrificio, de su su muerte-y-resurrección.

Hace un tiempo que la Iglesia permite que los cristianos cumplan esta ley fundamental participando en la Misa desde la noche del sábado. La Iglesia no permite celebrar el día del Señor en otro día. Admite solamente, con toda la tradición judía a la cual la liturgia ha permanecido fiel, que el día del Señor

comienza desde el sábado por la tarde. Por otra parte, la experiencia de esta anticipación, demuestra que la asamblea cristiana está a menudo más recogida y más tranquila entonces que el domingo por la mañana. En cuanto a la Misa de los demás días, es también una Pascua, como toda eucaristía, pero a título menor: la Eucaristía pascual, es la del día del Señor, el domingo.

(Extractado del libro: La misa renovada de A. Roguet).

LAS CAMPANAS DEL DOMINGO

Silenciado el torbellino de las seis jornadas de labor, y apagados los últimos ecos de la farándula sabatina con que la ciudad moderna pretende alegrar al hombre, en la temprana mañana del Domingo suenan las campanas, la primera voz del día señorial.

Para captar en plenitud su mensaje, quizás sea necesario oírlas en algún pueblecito, en el campo, o envuelto en el silencio apesante de la montaña, y con el alma ávida y abierta, reaprendiendo a escuchar la voz de las cosas y de los gestos.

Justamente las campanas del Domingo nos parecen ser el lenguaje simbólico más expresivo de lo que significa este día para la vida humana, en lo que hace al drama personal en que se juegan el destino y el ansia de felicidad que atenea cada hombre. Porque las campanas tienen una fuerza sugestiva y evocadora de las grandes nostalgias humanas: lo infinito en alto y en extenso, la felicidad, la plenitud.

Y las campanas del Domingo, prolongación de las de Pascua, le recuerdan al cristiano el anuncio gozoso de la noche santa, cuando ellas mismas publicaron le Resurrección de Cristo.

Sobre el corazón torturado de los hombres que han perdido el rumbo en la búsqueda de su dicha, ellas dejan caer las melodías apaciguadoras de su voz, que les repite el don del Maestro: "Os doy mi paz..."

A un mundo afiebrado, que multiplica sin cesar las fiestas y los placeres, buscando en vano la alegría plena, saciadora y total, las campanas del Domingo le repiten que no hay tal alegría sin fiesta verdadera, y que tal fiesta viene sólo de Dios.

Mensaje pleno y estremecedor, mensaje de la alegría trascendente, el repiqueteo dominical difunde en sus ondas las palabras de Cristo: "Os he dicho estas cosas para que vuestro gozo sea completo".

Sobre la opacidad de una existencia vuelta con furia hacia la tierra, las campanas del Domingo hablan de un marchar erguido y noble, de una vida luminosa y simple.

Ellas nos invitan a la alegría serena y clara del Domingo y de todos los días, porque él la siembra para toda la semana, en el fondo de los corazones.

"Días de hilaridad". ¡Cuánto necesitamos dejar que esta alegría se adueñe de nosotros! Recogerla ávidamente cada Domingo y sembrarla luego, para que no sea justificado en nosotros el reproche de Nietzsche: "vuestros redimidos, Señor, tendrían que tener más el aire de serlo".

Actualísimas, a este respecto, se nos hacen las palabras de san Juan Crisóstomo a sus fieles: "Vosotros habéis oído los himnos sagrados; habéis contemplado

las nupcias espirituales, habéis sido admitidos a la mesa real: habéis sido llenados del Espíritu; os habéis mezclado a los coros de los serafines; os habéis colocado al lado de las potencias celestiales. No malgastéis vuestro tesoro”.

El hombre no puede vivir sin alegría. Por eso quiere fiestas; porque en ellas piensa hacer acopio de alegría para las rudas jornadas que, por experiencia, sabe le depara la existencia diaria.

El problema reside en encontrar fiestas que sean auténticas fuentes de alegría, y no espejismos prometedores de algo que no pueden brindar.

Cualquier observador imparcial de nuestro tiempo, no puede menos de reconocer que de las “fiestas” creadas por el hombre moderno, está ausente esa plenitud de gozo que les debiera ser característica.

La razón de ello es que la fiesta moderna ha nacido con un proceso y un sentido diametralmente opuestos a los que le son originariamente característicos.

Por su origen mismo, la fiesta está sustraída al trajín humano, a la manera como el templo lo está al espacio del hombre.

En la fiesta el hombre y la comunidad se encuentran con su realidad más honda, con su destino trascendente.

Por eso toda comunidad humana tiene sus fiestas propias. Es una necesidad que nace de lo más íntimo de ella, porque en la fiesta la comunidad se reconoce, se reencuentra en su ser más íntimo, revitaliza su conciencia, acrecienta su vida. La fiesta, cuando es auténtica, tiene siempre un sentido popular, porque no es el resultado de un razonamiento, sino la manifestación de un impulso vital común, la explosión espontánea e ingenua de una alegría casi intuitiva, nacida al calor de un ideal y de un destino que se sienten definitivos.

Una comunidad que no vibra más en sus fiestas características, o ha perdido la conciencia de su ser o ha cambiado su orientación fundamental.

El pueblo cristiano tiene una fiesta que lo define en su realidad más honda: la Pascua. Todas las otras fiestas se refieren de algún modo a ella; beben en ella su fuerza y su brillo.

La historia sobrenatural del hombre, que es en definitiva su única historia “existencial”, tiene, tal y como nos lo enseña la Revelación, el sentido de una fiesta.

Cada Domingo, la Iglesia nos convoca no sólo para recordar una enseñanza sino para obrar un misterio: el Misterio de sus nupcias con el Cordero. Este viene, descendiendo hasta nosotros, se hunde en nosotros, y nos lleva con El hacia el Padre.

El Domingo es fiesta auténtica, porque viene de Dios; porque es una síntesis de lo que nos ha sido dado desde lo alto.

Las campanas de este día, al extender sus sonos sobre la tierra, nos recuerdan nuestro origen y nuestro destino: Venimos de Dios y vamos hacia Dios, con Dios en nosotros.

Es la voz que nos habla del retorno hacia la patria, invitándonos a una marcha decidida y alegre. Porque la Iglesia sabe que sobre la tierra, sufrimos la tentación de detenernos y dejarnos paralizar en la realización de nuestro fin por la “tristeza del mundo”, la que según San Pablo, “lleva a la muerte”.

El domingo es el día por excelencia de la alegría cristiana, y fuente de ella para toda la semana.

(Extractado del libro “El Domingo” de Juan Carlos Ruta)

EL AÑO SANTO

Jubileo es una palabra que nos hace ir con el recuerdo histórico a los siglos pasados, cuando la cristiandad no estaba dividida y la sociedad era creyente, aunque fuese aquella una cristiandad polémica y tempestuosa (así era la sociedad de tiempos de Bonifacio VIII, el Papa que proclamó el primer Jubileo en 1300), y aun cuando aquellos cristianos pudieran ser denominados, como lo ha hecho un escritor de nuestros días, "realmente pecadores y realmente penitentes" al mismo tiempo. Es decir, el individuo y la sociedad podían equivocarse y ser pecadores, pero eso no implicaba que la visión de los valores finales o la noción de bien y de mal estuviera oscurecida en su conciencia, porque el principio de la fe estaba muy vivo en todos ellos y, por consiguiente, tenían muy claro el significado de la conversión, de la reconciliación y de la reparación.

¿Ocurre lo mismo hoy? La pregunta, que el mismo Pablo VI ha formulado es esta: ¿qué acogida, qué comprensión y qué participación dispensarán de hecho el mundo contemporáneo y la Iglesia de la renovación postconciliar a un acontecimiento universal y antiguo de la cristiandad cual es el Año Santo?

La gente de los siglos de hierro, que en su origen era cristiana, estaba abierta a lo sobrenatural y se mostraba sumisa a la palabra de la Iglesia, estando siempre dispuesta a dar crédito a los signos. ¿Ocurre esto hoy?

La palabra jubileo trae también a la memoria la idea de "peregrinación" y de "peregrino", actitudes típicas de tiempos de costumbres cristianas y evangélicas. Aludimos al fenómeno de los "peregrinos" que soñaban en Roma, en la nueva Jerusalén. El caminar, el visitar los lugares y los templos santos era la manifestación que testimoniaba una fe auténtica y viva, la cual confiaba en la ayuda de lo alto, a través de la obtención de gracias ordinarias y extraordinarias.

¡Andar, peregrinar! ¿No decimos —y es verdad— que la Iglesia es peregrina sobre la tierra? El caminar de aquellos peregrinos era muy diferente de la idea que nosotros tenemos al pensar hoy en la peregrinación. En aquellos tiempos se ponían en camino con gran fe, soportaban largas y fatigosas etapas acompañadas de oraciones y ayunos.

Se lee en la historia de los Papas que, promulgado el primer Jubileo por Bonifacio VIII en 1300, "las gentes de Italia, de Hungría y de Alemania, se sintieron invadidas por un especial fervor religioso". La historia es bien conocida y el mismo Dante la cantó. "Afluían a oleadas a Roma. El puente Milvio no se podía transitar y los peregrinos tenían que dar la vuelta a la Ciudad Santa para alcanzar las otras puertas. Las basílicas estaban abiertas día y noche y los mismos cardenales, como los demás romanos, procuraban muy de mañana durante treinta días consecutivos visitar devotamente San Pedro y San Pablo". Fue necesario abrir una gran brecha en las murallas de la ciudad. Según los cálculos de un historiador, la "inmensa multitud que acudió a Roma aquel año superó en mucho los dos millones". Iban y volvían, escribe Giovanni Villani, "provistos de abundante alimento tanto para los caballos como para las personas, con gran fortaleza

y sin algarazas ni riñas; yo puedo testimoniarlo porque estuve presente y lo vi” (Historia de los Papas, de mons. Saba).

El Jubileo, que según la primera disposición de Bonifacio VIII debía celebrarse cada cien años, fue convocada por sus sucesores Clemente VI (1350) y Pablo II (1475) cada cincuenta y veinticinco años respectivamente, como se hace aún en nuestro tiempo, pues los Años Santos felizmente celebrados en nuestro siglo lo fueron sucesivamente en 1900 (León XIII), en 1925 (Pío XI) y en 1950 (Pío XII), además del Año Santo extraordinario de 1933, que Pío XI convocó para conmemorar el centenario de la Redención. Ahora Pablo VI ha anunciado el Jubileo de 1975. Y la pregunta que antes nos formulamos permanece en pie. En nuestros días, cuando en el arco de pocos lustros parece que el medio social se ha transformado profundamente, cuando las costumbres se han alterado en gran parte, cuando los valores son “contestados”; en nuestro tiempo secularizado, existencial, activo y conflictual, ¿serán capaces los hombres de comprender, de dar acogida en su interior y de fomentar la celebración de un Año Jubilar con las grandes ideas que entraña de sacralidad, de renovación y de penitencia, de forma que puedan convertirse de lo visible a lo invisible y de la mundanidad más exacerbada a los valores de lo Eterno?

La pregunta la formuló Pablo VI en la audiencia del 9 de mayo, durante la cual anunció la decisión tomada, “después de haber orado y pensado”. El Papa dió una respuesta positiva pensando sobre todo en la Iglesia del postconcilio, la cual durante el Año Santo, con sus frutos de total y profunda renovación individual y comunitaria, en el universal afán por la unidad y el amor, asegurará también al mundo un testimonio de convivencia social, de paz, de unidad, de esperanza y conciliación, en la línea del Concilio, cuyo X aniversario viene a coincidir precisamente con el Año Jubilar de 1975.

El mundo, por su parte, necesita resurgir y deben proporcionársele para ello medios extraordinarios de gracia como son las del Jubileo. Por tanto, para comprender la oportunidad y conveniencia del Año Santo, no debe considerarse tanto hasta qué punto el mundo contemporáneo se halla dispuesto a recibir o a comprender la celebración del jubileo cuanto la necesidad que el mundo tiene de este esfuerzo de interiorización, de cambio y de renovación.

La finalidad del Año Santo —ha dicho Pablo VI— es la “renovación interior del hombre”. El Jubileo es un acontecimiento esencialmente espiritual. “Reconciliación y renovación”: estos son los objetivos que se propone el Jubileo de 1975. Es preciso “rehacer al hombre desde dentro” en un proceso de “renovación personal”. Y esto no se logra a no ser por medio de la oración.

Por otra parte, las formas y el tiempo del Jubileo han sufrido un cambio en la línea de la doctrina conciliar sobre la Iglesia y sobre la comunidad de los creyentes. El Jubileo, sin perder nada en lo referente a sus prácticas esenciales y culturales y sin perder nada de su inmutable y básico camino que tiene como meta final a Roma —la Roma de Pedro, de los Apóstoles, de las Basílicas y de las Catacumbas—, deberá ser celebrado no sólo por toda la Iglesia sino también en toda la Iglesia, o sea, en cada una de las diócesis. El Jubileo, por tanto, no comenzará en Roma, sino en las Iglesias locales, con la fiesta de Pentecostés de

1973, y se concluirá en Roma en 1975, de forma que la celebración de la Urbe constituya el culmen de las fiestas jubilares.

Toda la Iglesia se pone en camino. Es el camino de la renovación, de la que la peregrinación será el signo. ¿Cuáles son las esperanzas y las necesidades del mundo? Paz y reconciliación; restañamiento de las heridas que hacen sufrir al hombre moderno. Reconciliación del hombre con Dios y los hombres entre sí.

Renovación, dice el Papa: "del hombre que piensa y pensando ha perdido la certeza de la Verdad; del hombre que trabaja y trabajando se ha dado cuenta de haberse extrovertido en tal grado que no realiza ya suficientemente un coloquio personal consigo mismo; del hombre que goza y se divierte disfrutando tanto de los medios excitantes de una gozosa experiencia propia que se siente enseguida aburrido y desilusionado de ella".

Nos corresponde ahora a nosotros, los creyentes, no dejar pasar la ocasión que nos recuerda aquella frase: "tema a Jesús que pasa"; nos corresponde a nosotros crear la atmósfera llena de fe y de esperanza que sea capaz de invadir y transformar el ambiente de nuestro tiempo.

R. M.

Si sabes que esos dolores —físicos o morales— son purificación y merecimientos, bendícelos.

Una mirada al pasado. Y... ¿lamentarte? No: que es estéril.
Aprender: que es fecundo.

¡Mañana!: alguna vez es prudencia; muchas veces es el adverbio de los vencidos.

No te desalientes. Te he visto luchar...: tu derrota de hoy es estreñamiento para la victoria definitiva.

ESPIRITUALIDAD DE LOS HIJOS DE MARIA

“Se enfureció el dragón contra la mujer y fuése a hacer la guerra contra el resto de su descendencia, contra los que guardan los preceptos de Dios y tienen el testimonio de Jesús”. (Apoc. 12,17.)

San Juan define a los discípulos de la Mujer con diversos rasgos; y estos rasgos no son sólo criterios para discernir los que pertenecen a Cristo y a su Madre, sino también reglas de vida. Tenemos aquí, si se nos permite hablar así, el anuncio de una verdadera espiritualidad de hijos de María, en el sentido más hermoso de la expresión. Esta espiritualidad, es preciso recalcarlo, está totalmente orientada hacia Cristo. Los hijos de María que forman el resto de la descendencia son los que han vencido al Dragón por la sangre del Cordero, los que guardan el testimonio de Jesús, los que ofrecen su vida por El, los que guardan sus mandamientos.

1. *Han vencido al Dragón por la sangre del Cordero* (Ap. 12, 11).

El Dragón desarrolla su combate en tres ataques sucesivos:

—Intenta primero devorar al Hijo; pero éste es arrebatado junto al trono de Dios;

—A continuación ataca a la Mujer; pero ésta se refugia en el desierto, en el lugar que Dios le ha preparado;

—Despechado, intenta tomar la revancha haciendo la guerra al “resto de su descendencia” (v. 17); pero éstos le vencen “por la sangre del Cordero” (v. 11).

El Diablo no tiene suerte ni en sus empresas guerreras ni en sus odios; sus guerras acaban en derrota, sus odios resultan impotentes.

La victoria de los fieles es la de Cristo en ellos; si vencen, es “por la sangre del Cordero”. En su primera Epístola, Juan había hablado ya del extraordinario poder de los hijos de Dios;

El que es nacido de Dios no peca;

el Engendrado de Dios lo guarda. (1 Jn 5, 18).

El Diablo une en un mismo odio al Engendrado de Dios, a la Mujer y a su descendencia; pero Dios une al Hijo, a la Mu-

jer y a la descendencia en una misma victoria.

La espiritualidad de los hijos de María será, pues, una espiritualidad de combate y de victoria. Forman parte de la Iglesia siempre expuesta a los ataques del Demonio y siempre victoriosa, pertenecen a la Amada, hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, pero también terrible como ejército en batalla (Cant 6, 10).

2. *Guardan el testimonio de Jesús*

A la sangre del Cordero los fieles añaden la sangre de su propio testamento. Juan dice que vencen por la palabra de su testimonio (v. 11), que "guardan el testimonio de Jesús" (v. 17). Este tema del testimonio ocupa un lugar muy importante en la teología de Juan. Jesús mismo es designado como "el Testigo, el Fiel"; proclama la Palabra del Padre, y esta Palabra es Verdad:

Para eso he nacido,
para eso he venido al mundo:
para dar testimonio de la
Verdad (Jn 18, 37).

Los fieles de Jesús comparten la misión de su Maestro: dan testimonio no sólo de los acontecimientos históricos de la vida de Cristo (cfr. 1 Jn 1, 1-3), sino también de la gloria divina en

que habita Jesús y que ellos descubren en la contemplación de la fe (Jn 1, 14). Y dan ese testimonio indefectiblemente hasta el martirio de sangre. Este tema del testimonio es tan importante que se identifica con la fe: tener el testimonio de Jesús es creer en El, poseer la Vida.

El testimonio de Dios (Padre) es el testimonio acerca de su Hijo.

El que cree en el Hijo tiene dentro de sí este testimonio.

El que no cree hace de Dios un mentiroso, porque no cree en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo.

Y he aquí ese testimonio:

Dios nos ha dado la vida eterna, y esta Vida está en su Hijo.

El que tiene al Hijo posee la Vida.

El que no tiene al Hijo de Dios, no posee la vida (1ª Juan, 5, 9, 12).

Así pues, la espiritualidad de los hijos de María y de la Iglesia está totalmente orientada hacia Cristo. Forman parte del resto de la descendencia los que creen en Jesús y poseen su vida. Esta fe en Jesús, en la que tiene sus raíces su testimonio, constituye además lo esencial de su victoria; en la lucha contra el Dragón es el arma más temible,

la que alcanza la victoria: "La victoria que ha vencido al mundo —escribe Juan. (1 Jn 5, 4)— es nuestra fe".

3. *Menospreciaron su vida hasta morir*

Otro criterio para distinguir los discípulos de Jesús y los hijos de María es la preferencia absoluta que deben al Maestro. En la lucha que tienen entablada contra el Dragón están dispuestos "a menospreciar la vida hasta morir" (v. 11).

La formulación —marcadamente semítica— parece un tanto confusa; sin embargo, el sentido no sufre ninguna dificultad, sobre todo si se lo compara con los logia primitivos según Juan nos lo ha conservado en su Evangelio:

En verdad, en verdad os digo:

Si el grano de trigo caído en tierra no muere, permanece solo; pero si muere, da mucho fruto.

El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna.

Si alguno quiere servirme, que me siga, y donde yo estoy, allí estará también mi servidor.

(Jn 12, 24, 26)

Perder su vida este mundo es, por tanto, salvarla para una vida eterna; salvar su vida en este mundo, es perderla para la vida eterna. Palabras sorprendentes y paradójicas, llenas de esa exigencia infinita a la que Jesús somete a sus discípulos: para servirle es preciso seguirle hasta el misterio del grano que muere y da luego fruto abundante, que muere para dar fruto abundante. Ese es un verdadero discípulo de Jesús, el que ha hecho de esta ecuación paradójica: perder su vida=salvar su alma, la regla de su amor al Maestro.

4. *Guardan los mandamientos de Dios* (v. 17)

Se dice que Juan es el evangelista de la caridad, y es cierto; pero podría afirmarse también que es el Evangelista de la obediencia, de la práctica de la Palabra. Nadie ha insistido con tanta fuerza en la necesidad absoluta de guardar los mandamientos. Esta obediencia, en efecto, es criterio del amor: introduce al amor, vive del amor, encuentra en el amor su expresión más adecuada:

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.

El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama.

Si alguno me ama, guardará mi palabra. (Jn 14 15.21.23)

En eso sabemos que le hemos conocido:

si guardamos sus mandamientos.

Eso es amar a Dios: guardar sus mandamientos.

(L Jn 2, 3; 5, 3)

Por tanto, según Juan, la práctica de la Palabra nos introduce en el corazón mismo del misterio de Cristo: morar en Jesús, ese mutuo inhabitar por la fe y el amor. Juan nos lo expone en la alegoría de la Vid (Jn 15, 1 ss) en una serie de expresiones admirablemente encadenadas:

—Para ser sarmientos de esta Vid que es Cristo, es preciso permanecer en El:

Permaneced en mí y yo en vosotros (15, 4)

—Ahora bien, se permanece en Cristo permaneciendo en su amor:

Como el Padre me amó, también yo os amo; permaneced en mi amor.

(15, 9)

—Y este permanecer en el amor se realiza mediante la práctica de la Palabra:

Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor;

como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor

(15, 10)

Se comprende, pues, que Juan caracterice a los discípulos de la Mujer por este criterio: "Guardan los mandamientos de Dios"; esta práctica los une e injerta en Cristo como sarmientos en la vid; de tal modo son discípulos suyos, que permanecen en El como El permanece en el Padre.

Como se ve, la espiritualidad de los hijos de María es una espiritualidad eminentemente práctica. No tiene nada de dulzón o sensiblero. Todo lo contrario, Juan convoca a los fieles para la lucha contra el Dragón. Y esta lucha es totalmente espiritual: se trata de vencer por la fe y por la práctica de los mandamientos; los fieles son protegidos, es cierto, pero protegidos en el combate. Se trata, pues, de una entrega total, de una entrega que no vacila en sacrificar en este mundo las ternuras más vivas a fin de salvarse para la vida eterna.

Esta espiritualidad está enteramente orientada hacia Cristo. Es imposible ser hijos de María si no se pertenece de antemano a Cristo. Está aquí en juego el misterio mismo de la maternidad divina. María tiene un solo hijo: Cristo. Los fieles no son sus hijos sino en la medida en que reproducen en sí mismos el misterio de su Hijo.

EL MISTERIO DE LA GRACIA

A través de Tu creación, oh Señor, cruza una voz que nos avisa de Algo que está por encima de todo lo creado. Las cosas y sus ordenaciones, tierra, sol y estrellas, muestran realidad, simplemente; pero nuestro corazón sabe que proceden de Tu sagrada libertad, y son dones que siempre han de ser recibidos de nuevo. Por eso aluden a algo que está por encima de ellos, pero no dice qué es.

Esta alusión se hace más fuerte en nuestra propia vida. La planta y el animal crecen surgiendo de su naturaleza y se cumplen en ella; no así el hombre. El hombre sólo llega a sí mismo en el encuentro con lo Otro; sólo gana su propio ser si se entrega a lo Otro. Pero no hay nada terrenal que pudiera llegar a ser su último hallazgo saciador; por eso el hombre siempre está en camino, buscando.

Pero lo que busca de veras no lo conquista por su propia fuerza. Sólo la gracia se lo da. De ella pende nuestra salvación, pero no tenemos derecho a ella, ni poder para obligarla. Tiene que revelárenos, y sólo entonces la conocemos. Tiene que dársenos y sólo entonces la poseemos. Y sólo en ella recibimos nuestra mismidad más propia, la que nos concediste al crearnos.

En la obra de Tu Redención, oh Señor, has empezado una nueva obra. Tú mismo viniste a llamar al hombre. Tu ser, oculto ante toda la Creación, "resplandeció ante él en el rostro de Jesucristo". Tú le señalaste su extravío y le diste perdón. Tu amor y Tu santidad fluyeron a su encuentro: ahora puede él recibirlos y hacerse partícipe de ellos.

Todo esto es libre regalo Tuyo, y respuesta, sin embargo a nuestra exigencia más íntima. No podemos imaginarlo por nuestras propias fuerzas; pero cuando Tú lo revelas sentimos que es la verdad de que vivimos. Hemos de mantenerla erguida contra la oposición del mundo y contra la contradicción de nuestra propia insuficiencia; pero cuando nuestro corazón se abre, esa verdad habla en sus honduras y toma sobre sí nuestra existencia.

Despierta en mí, oh Señor, la santa inquietud de que tengo que buscar en todo momento. Enséñame a comprender el misterio según el cual has creado mi ser: el misterio de que sólo puedo vivir de lo que está por encima de mí, y me pierdo en cuanto me pongo en mí mismo. Toma mi mano; ayúdame a pasar hacia arriba, hacia Ti, para que en Ti me encuentre de veras.

Amén.

REACIONAR ESPIRITUALMENTE CONTRA LA VIOLENCIA QUE INVADIR EL MUNDO

Alocución del Papa a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro para escuchar su palabra, recibir la bendición apostólica y recitar el "Regina Coeli", en la mañana del domingo, día 20 de mayo.

Hermanos: También nosotros estamos triste, porque todos respiramos la atmósfera que hechos sangrientos, viles y crueles, aunque aislados y episódicos, hacen amenazadora y amarga para la convivencia de todos. Aún se desata la violencia en el mundo, se hace patología social contagiosa; desencadena gestos de insensata delincuencia; organiza estratagemas de secretas y astutas connivencias; empuña las armas con espíritu vengador, no para resolver sino para agravar las situaciones entre los pueblos; difunde la desesperada opinión de su irremediable necesidad; hace que toda la sociedad dude de su solidaridad interior; desalienta el esfuerzo de un trabajo audaz y concorde; y hace que la desilusión apague en muchos espíritus la esperanza de un mundo realmente mejor.

Hermanos: debemos reaccionar espiritualmente contra la tentación de este desaliento, que podría ser fatal para nosotros y para las nuevas generaciones. Debemos más bien reafirmar los propósitos y los programas de laboriosidad, de concordia, de paz viril y civilizada. Sepamos fortalecer en el pueblo el sentido y el gusto por la honestidad y la bondad; sepamos sostener las iniciativas y las instituciones que trabajan por el bien común.

Volvamos a leer a Manzoni, cuyo centenario conmemoramos estos días. Es un genio universal, válido aún para todos. Es un tesoro inagotable de sabiduría moral. El eco de sus palabras nos sigue con humanismo siempre nuevo y actual: "La vida no es un peso para muchos y una fiesta para algunos... Se debería pensar más en hacer bien que en estar bien: así se terminaría por estar mejor... Las desgracias, sucedan con culpa o sin ella, son dulcificadas por la confianza en Dios, y se vuelven útiles para una vida mejor... Dios perdona muchas cosas por una obra de misericordia... Hay pocas cosas que corrompan tanto al pueblo como la costumbre del odio...", etc. Manzoni no es solamente el gran literato y artista que todos conocemos, más o menos, no es solamente el pensador sutil y crítico que quizás conozcamos pocos. Manzoni es un maestro de vida. Nos puede confortar en estos y otros momentos oscuros de nuestra experiencia terrena: "Manzoni estima al hombre; al hombre que sabe confiar en Dios, que camina por los senderos de la Providencia, que practica y vive los valores genuinos del Evangelio" (C. Angelini). Escuchémoslo.

ORACION DE LA MAÑANA

Cada día que nace es un regalo de Dios: es vida nueva, esperanza, tregua. Cuando nos levantamos ¿pensamos que estrenamos el regalo del HOY?

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu,
salimos de la noche y estrenamos la aurora,
saludamos el gozo de la luz que nos llega resucitada y resucitadora.

Tu mano acerca el fuego a la tierra sombría
y el rostro de las cosas se alegra en tu presencia
silabeas el alba igual que una palabra;
Tú pronuncias el mar como sentencia.

Regresa, desde el sueño, el hombre a su memoria,
acude a su trabajo, madruga a sus dolores
le confías la tierra y a la tarde la encuentras
rica de pan y amarga de sudores.

Y tú te regocijas, oh Dios, y tú prolongas
en sus pequeñas manos tus manos poderosas
y estáis de cuerpo entero los dos así creando,
los dos así velando por las cosas.

Bendita la mañana que trae la noticia
de tu presencia joven, en gloria y poderío,
la serena certeza con que el día proclama
que el sepulcro de Cristo está vacío! Amén.

ORACION DE LA NOCHE

Cuando cae la noche sobre los hombres y las cosas, el hijo vuelve su mirada al Padre, Señor de la luz y de las sombras, y en El contempla los tiempos y los ritmos de los días y de la vida toda.

A tí Señor del Universo, en esta noche
suplicamos que venga tu bondad de Padre,
a bendecir nuestro descanso.

Y mientras el cuerpo reposa,
vigile el corazón amante,
y por la luz de tu Palabra
nuestra oración sea constante.

Por este día que nos diste,
A Tí, Dios Padre damos gracias,
a Jesucristo, Señor nuestro,
y al que consuela nuestras almas. Amén.

LA DONACION DE SANGRE

Cada día y en cada momento, para nuestra desgracia o ventura nuestra, la vida moderna nos pone ante los ojos una evidente realidad. El tener que dar o recibir sangre no son casos extraños ni desacostumbrados. Este hecho evidente nos puede plantear a todos un problema moral: de mi disponibilidad y generosidad puede depender la vida de otro.

La sociedad moderna nos separa a unos de otros en muchas cosas y de muchas maneras; estos muros se irán derribando para que todos formemos una auténtica comunidad humana. Pero, en otras cosas, nos acerca a unos y otros y de forma considerable. El campo y el factor de la donación de sangre viene a ser, sin ningún género de duda, uno de los más positivos y eficaces.

Donar la sangre a un familiar o amigo es emocionante; donar la sangre a quien no conocemos, ni conoceremos jamás, no tendrá tanta emoción; pero ese gesto, además de su pleno sentido humanitario, tiene también su fuerza y sabor evangélico: que lo que hace tu mano derecha no lo sepa la izquierda.

La persona que recibió nuestra sangre nunca nos dará las gracias, porque nunca nos conocerá, ni sabrá quienes somos, ni qué puesto social ocupamos, ni cuál será nuestro grado de sabiduría o de bondad; pero siempre tendrá presente que, gracias a un corazón generoso y limpio de ambiciones, el suyo sigue viviendo, y esto es suficiente.

Nos debe animar el saber que hay otro libro, además de aquel en que se anota nuestro grupo sanguíneo, y otra memoria y otra mano a quien no es capa el menor gesto bueno, generoso, humanitario y caritativo, que es el libro, la memoria y la mano de Dios; y esto ya es bastante, y lo es todo.

¡Qué poco Amor de Dios tienes cuando cedes sin lucha
porque no es pecado grave!

**Un secreto. Un secreto, a voces: estas crisis mundiales
son crisis de santos.**

Los hechos de notoriedad nos impidieron efectuar la entrega de este número en la fecha correspondiente. Pedimos disculpas a nuestros lectores por el atraso ocurrido.

A partir del N° 24, correspondiente al mes de agosto, en que cumple su primer aniversario "TEMAS", nuestra aparición será mensual. Ello será en los primeros días de cada mes. El precio esperamos poderlo mantener en los \$ 300.— mensuales, en razón precisamente de la periodicidad mensual.

